

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Pamplona, un mes. . 1,25 ptas.
Fuera, trimestre. . 4 id.
Ultramar, semestre 15 id.
Extranjero, id. . 23 id.

Número suelto. . 5 céntimos.
Id. atrasado. 15 id.

PAGO ADELANTADO



DIARIO CATÓLICO-FUERISTA

ANUNCIOS

En 1.ª plana. . 1 peseta línea
En 3.ª id. . 0,10 id. id.
En 4.ª id. como esquelas, co-
municados y reclamos, á pre-
cios convencionales.

Redacción y Administración
ESTAFETA 31

Los Congresos Católicos

Ni somos tan pesimistas que nos parezca mejor que el presente cualquiera tiempo pasado, ni llega nuestro optimismo hasta creer que vivimos en una época de plena reacción religiosa y que se vislumbra muy próximo el día del triunfo. Ambas opiniones nos parecen igualmente perjudiciales, pues una y otra fatalmente conducen por exceso ó por falta de confianza, á la apatía é inercia absolutas, cuando no al abandono ó á la desesperación.

No nos forjamos la ilusión de una fácil victoria; mas tampoco incurrimos en el peligroso extremo de creerla imposible, si todos nos aplicamos con afán y usamos de cuantos medios están á nuestro alcance, para obtenerla en tiempo más ó menos remoto. Quien eche una mirada retrospectiva hácia los sucesos ocurridos en la presente centuria, no podrá menos de advertir que hay algo al finalizar ésta, opuesto á lo que se observa en su principio, y que este algo es un progreso y constituye un motivo fundado para esperar una regeneración. Los mismos héroes que en los primeros días de este siglo luchaban por la independencia de la Pátria y derramaban generosamente su sangre por ella, aspiraban también, quizá sin darse cuenta, aquellas ideas que pocos años más tarde estallaban en las Cortes de Cádiz. Fué más fácil derrotar las legiones de Napoleón, que librarse de la fina trama de los enciclopedistas, notándose muy pronto en todos los órdenes, las huellas del paso de sus libros, con mayor y más duradero estrago que el de sus ejércitos. Locura é insensatez hubiera sido pensar en reunirse entonces los Prelados españoles en respetable asamblea para tratar las cuestiones más candentes, no sólo religiosas sino científicas, políticas y sociales. Y si eso hubiera sido posible, ah! quién sabe hasta qué punto hubiera resplandecido ese concierto unánime que todos admiramos y que es prenda segura de nuestro porvenir!

Síntoma es, pues, muy favorable y dato consolador, la frecuencia con que se reúnen los Congresos Católicos; llamados á ejercer bienhechora acción, sobre todo en estos días en que el espíritu del mal, ora ostentando su horrible negrura, ya vistiéndose de angel de luz, procura congregar sus huéspedes y adentrarlas para la guerra que todos tienen declarada contra la Iglesia.

Cierto que el espíritu de partido miró siempre con recelo estas asambleas, sin duda porque en su seno no se tratan las cuestiones con su propio, mezquino y apasionado criterio, sino con el más sólido de la fé y más amplio de la caridad cristiana; pero no es menos cierto que se siente ya impotente, y no se atreve, al menos á las claras, por más que no le entusiasmen, á impedir ó amenguar la grande importancia de los Congresos.

Cierto también que no faltan quienes, guiados por un celo exagerado ó imprudente, quisieran ver

puestas inmediatamente en práctica las reglas y conclusiones y acuerdos de tan solemnes asambleas, tratando de rebajar con esto la influencia decisiva que están llamadas á tener en la solución de los graves problemas que agitan la sociedad moderna; sin tener en cuenta que su mayor eficacia depende de la buena disposición de ánimo que todos mostremos para acatar unas y otros y ajustar nuestra conducta á sus sábias prescripciones. Pero es también cierto que, si todos los católicos españoles observáramos con fidelidad cuanto se nos enseña y aconseja en los Congresos Católicos, es bien seguro que muchas de sus reglas podrían traducirse en preceptos legislativos; como las decisiones de los antiguos Concilios Toledanos, se insertaron muy pronto como leyes en el Fuero-Juzgo, y fueron otros tantos sólidos fundamentos de la antigua constitución política; en la cual, según lo reconoce el mismo Sempere, poco amigo de la influencia del Clero en la legislación, lo mismo se domaba la fiereza de los visigodos, enseñándoles la sumisión al poder, y condeñando á los que en vida del Príncipe conspiraban para destronarle, que se prescribían á los monarcas sus graves deberes para con los súbditos, anatematizando los abusos del poder.

Aun cuando no tuvieran, que si la tienen, tan capitalísima importancia los Congresos Católicos; aunque fuera escasa ó nula la influencia que están llamadas á prestar sus conclusiones, nosotros, ante la proximidad del Congreso convocado para la antigua Metrópoli, Tarragona, gritáramos con todo el entusiasmo de nuestro corazón: Católicos españoles! Católicos navarros! Al Congreso de Tarragona! Hombres de ciencia; personas de posición ó influencia, eclesiásticos y seglares, al Congreso Católico! Unos, á ilustrar aquella perillustre asamblea; á saciar otros su espíritu en aquella purísima fuente de saludable doctrina; los que puedan, acudan personalmente á nutrirse y fortalecerse con el abundantísimo manjar que ha de distribuirse para sustento de nuestras flacas inteligencias; los que no puedan tener dicha tan grande, contribuyan al menos con recursos y oraciones al mayor esplendor de tan augusta asamblea.

Ya lo ha dicho nuestro venerable Prelado: "Nos consta de un modo auténtico la voluntad del Papa, y esto solo basta para que los hijos fieles realicen sus deseos." Pero aún ha dicho algo más que debemos acoger reverentemente y poner desde luego en práctica como primer fruto del proyectado Congreso. Dícenos, y esto consuela nuestro espíritu y nos fortalece grandemente: "que mucho pueden prometerse del Congreso de Tarragona, na los católicos españoles para la obra de paz y unión entre aquellos que, desgraciadamente, viven divididos en contrarios bandos, gastando lastimosamente las fuerzas, que reunidas bastarían para poner á raya á la impiedad altanera..."

Y como si esto fuera poco, todavía añade nuestro amadísimo Pastor, que el favorecer la celebración del próximo Congreso, "será una protesta de adhesión, no ya sólo á los mandatos, sino á los deseos é indicaciones del Soberano Pontífice," y "una prueba de sumisión y respeto á los Prelados católicos."

Por nuestra parte, no como formularia sino como sincera protesta de nuestra firme é inquebrantable adhesión á las enseñanzas de la Iglesia, desde este momento aceptamos y solemnemente prometemos poner en práctica los acuerdos del futuro Congreso, hasta el punto de que si se nos exigiera ó indicara en aras de la paz y de la unión de todos los católicos, el sacrificio de callar, al punto sellaríamos nuestros labios y enmudeceríamos dando gracias á Dios de hacerlo así, para contribuir al término deseado de nuestras intestinas discordias. Muchas veces lo hemos dicho y queremos repetirlo ahora. No admitimos más guías en asuntos religiosos y político-religiosos que el Romano Pontífice y nuestros Prelados, singularmente el de nuestra Diócesis al que por modo especial debemos entera sumisión de inteligencia y de voluntad en esas materias. Caminaremos por las sendas que se nos traen; reposaremos cuando quiera se nos ordenase ó indicase, y variaremos de rumbo á la primera insinuación. Esta es nuestra única política, y á ella, con la ayuda de Dios, hemos de ajustar invariablemente nuestra conducta, porque estamos convencidos de que no hay luz como la de su Rostro, ni gloria como la de su Nombre, ni triunfo como el de su Justicia: "*Domine, in lumine vultus tui ambulabunt, et in nomine tuo exultabunt tota die: et in justitia tua exultabuntur.*"

INSTANTÁNEAS

Del discurso pronunciado por el señor Nocedal el martes último en Bilbao:

"Se nos objeta, prosiguió el orador, que no vamos á ninguna parte, porque nada nos dan ni recibiríamos, y jamás llegaremos dentro del actual sistema ni á recaudadores de contribuciones; pero yo pregunto: ¿sabéis si á los divorciados de nuestro lado les han dado algo?"

Hace un año, el nocedalismo combatía á los que proclamaban la licitud del reconocimiento, diciendo que su aspiración era ponerse en condiciones de poder conseguir lo que en la política española se ha llamado *el turrón del presupuesto*.

Tanto, que uno de los chicos del integrismo navarro, acaso el más encopetado y que, según noticias, tuvo la honra de recibir una carta del señor Nocedal, carta que corrió de mano en mano y de pueblo en pueblo, empleando una frase que, si no era del mejor gusto, era digna de lo elevado y caritativo del pensamiento, decía: *Eso es cuestión de pesebre*.

Hasta se indicaban los cargos oficiales que algunos de nuestros amigos iban á ocupar sin tardanza.

Ha pasado un año; el jefe del integrismo observa que los que de él se separaron en buen hora, no se han ido con Cánovas, como él anunciaba, ni desempeñan cargo alguno, á que jamás han aspirado; y la astucia nocedalina, confiando en que los citados chicos habrán olvidado la acusación antigua, inventa otro expe-

diente para evitar que imiten á los que se separaron del señor Nocedal á fin de no tener más maestros ni jefes ni guías que el Papa y los Prelados.

El nuevo expediente, ya lo han visto los lectores, consiste en decir que no nos han dado ni siquiera una plaza de recaudador de contribuciones.

Es ésta otra de tantas mañas nocedalinas.

El Sr. Nocedal, como se ha visto, supone ó aparenta suponer que cuando se le dice que con su actitud y su conducta *no se va á ninguna parte*, se quiere significar que no conseguirá ningún empleo para sí ni para sus amigos.

De sobra sabe el Sr. Nocedal que no es así.

Lo que nosotros indicamos con la frase subrayada, es que, no siguiendo la línea de conducta trazada por el Papa, es imposible hacer nada que redunde en provecho de la Religión.

Y esto es evidente: *El que no edifica conmigo, destruye.*

Leyendo atentamente los discursos ó el discurso pronunciado por el Sr. Nocedal en Azpetia y Bilbao, se observa que ni una vez siquiera habla de adoptar por jefes y guías á los Prelados españoles.

Eso, cuando el Papa en todos sus documentos nos está diciendo que los Prelados han de ser nuestros caudillos, que obremos atendiendo á la voz de nuestros Pastores, guiados por ellos, etc., es harto notable.

Nosotros nos limitamos á notarlo, llamando sobre ello la atención de los integristas navarros.

El carlismo triunfa; no hay duda ninguna.

Lo dicen sus periódicos de la siguiente manera:

"La corriente regionalista que como una brisa celeste trae á las almas oprimidas en la cárcel de una burocracia tiránica, fragancias de libertad popular que las fortalecen y reaniman, y la reacción religiosa que empuja los corazones al Calvario y sobre las degradaciones de la impiedad, está próxima á repetir el canto de victoria de los mártires, al salir sublimados de las catacumbas, y la misma necesidad de enaltecer la autoridad y darle fuerza para que mantenga el orden amenazado por la anarquía, son otros tantos signos de los tiempos que nos arrastran al triunfo..."

Fíjense nuestros lectores en las frases que hemos subrayado.

La reacción religiosa está próxima á repetir el canto de victoria.

Luego, si á eso hemos llegado sin poner á D. Carlos en el trono, es evidente que, si los católicos redoblan sus esfuerzos, se llegará al completo triunfo religioso sin que sea preciso el advenimiento de D. Carlos.

Por otra parte, la reacción religiosa arrastra al carlismo hácia el triunfo.

Parece mentira que los carlistas digan esas cosas.

Porque lo lógico y obligatorio es que el carlismo trabaje por el triunfo de la verdad religiosa, no que pretenda utilizar las conquistas de ésta en beneficio de su causa dinástica.

Que eso sería "convertir en propia sustancia las cosas que son de Dios."

Es notable esto que dice *El Basco*:

"Según telegrafían de San Sebastian, con fecha 21, á un periódico local, en las próximas elecciones de diputados provinciales se retraerán los liberales, por lo que la nueva Diputación se compondrá en su totalidad de carlistas."

Esto último no es del todo cierto, pues nuestros amigos de Guipúzcoa dando pruebas de su prudencia y de su docilidad á los deseos del Papa

